

“Sapientia populi”, o el pelo de liebre

Doctor FERNANDO DIEZ BLANCO

VALLADOLID.

ESTAS breves líneas, que, dicho sea de paso, no tienen otra pretensión que la que se desprende de su carácter anecdótico, me han sido sugeridas por la lectura de un articulillo titulado «Hematoma subungueal», firmado por el doctor FERNANDO E. DE SALAMANCA, aparecido en el número 335 del 24 de enero de MEDICAMENTA.

Doy fe del método que describe, ya que lo he utilizado varias veces, y siempre con resultados fulminantes.

Hace ya algunos años, con ocasión de encontrarme en una aldea gallega pasando mis vacaciones, sufrí un pequeño traumatismo sobre la uña del dedo medio de la mano derecha. Rápidamente se produjo el consiguiente hematoma, acompañado de intensísimo dolor, que perduró hasta el día siguiente, incluyendo de por medio una noche típicamente toledana. Aquello tenía aspecto de prolongarse más de lo que fuera mi deseo, y debido a ello, decidí poner en práctica lo que insistentemente algunos compadecidos aldeanos venían aconsejándome. Una experiencia secular sobre el procedimiento apoyaba su seguridad en el buen éxito del mismo.

El instrumental y el *modus operandi* eran bien sencillos. Una navajilla de afilada punta, a la que había que imprimir un suave movimiento de barrena, apoyando delicadamente sobre la parte ungueal correspondiente al centro del hematoma. Cuando se hubo llegado a éste, brotó una gota de sangre y el sufrimiento terminó definitivamente. He tenido ocasión posteriormente, de aconsejar el método, sustituyendo como hace el articulista, la navajita por el alambre incandescente, más rápido y más cómodo.

Y ya puesto a escribir, o como quien dice, en vena narrativa, voy a referir otro episodio del que también fui protagonista, aunque un poco menos, si bien no tenga más nexo con el anterior que aquello de la *sapientia populi*.

Fue en una estación ferroviaria de la provincia de León, en la que tuve que esperar la llegada de un tren, que, como ocurre a veces, traía un poco de retraso. Alguien que me conocía presentó ante mí a un empleado de la Compañía, al que una pequeña partícula de carbón se le había introducido subrepticamente en un ojo, con la consiguiente e insoprottable molestia, y solicitaba con súplicas y ruegos mi intervención, ya que el titular del pueblo no parecía por ninguna parte.

Aprovecho esta ocasión al cabo de los años, para pedir perdón a mi colega y compañero de promoción doctor CRESPO CEDRÓN por aquel conato de intrusismo, que, como verá el lector, quedó en conato y además totalmente desinteresado. O sea que fue la clásica consulta del encontrón.

La referida carbonilla, cuerpo del delito, podía verse perfectamente enclavada en córnea, y, al parecer, sin grandes ganas de abandonar su puesto, ya que resistió tozudamente a los reiterados intentos que con una pequeña torunda de algodón realicé, y que por cierto el paciente aguantó estoicamente. En vista del éxito, traté de convencer al interesado de la conveniencia de acudir a un oculista, ya que tendría que anestesiar el ojo y utilizar el adecuado instrumental que el caso requería. Pero entre los concurrentes a la sesión clínica, que poco a poco habían ido llegando, alguien opinó que para tal viaje no se necesitaban alforjas, ya que a pocos metros de allí vivía el tío Samuel, y que seguramente en un abrir y cerrar de ojos (era un decir) había de solucionar el asunto, como muchos más de tal índole había resuelto, y que para él tales faenas no eran mucho más que coser y cantar (era otro decir).

No debía tener mucha clientela a tales horas el tío Samuel, pues no habrían transcurrido diez minutos mal contados, cuando reapareció ante mí el expaciente, que ahora se mostraba satisfecho y feliz por haberse desprendido de su torturante carbonilla. Quise conocer de *visu* el procedimiento utilizado por aquel oculista *amateur*, y como en el retraso ferroviario había margen suficiente, me hice acompañar a casa del tío Samuel, quien muy amablemente y ufano por su éxito, me mostró el sencillo artificio de que se valía para la extracción de cuerpos extraños oculares, en cuya actividad había adquirido indiscutible fama. Un palillo de dientes, en uno de cuyos extremos iba colocado formando un arco o lazada, un pelo de liebre al que hacía deslizarse sobre la superficie corneal y que indefectiblemente hacía presa sobre el cuerpo extraño a poco que éste sobresaliera del plano de enclavamiento. Es de suponer que la levedad del susodicho pelo evitaba la producción del reflejo corneal y quizá posea una estructura estriada, y a ella debería la facilidad de hacer presa sobre la partícula a extraer.

